

La historia también puede consumirse



Antonio Florencio Zoido (Monesterio, Badajoz, 1944) es licenciado en Filosofía por la Universidad Gregoriana de Roma y la Universidad Complutense de Madrid. Es miembro de la Fundación Machado (Cultura Tradicional) y del Consejo Ase-

esor de la Bienal de Flamenco de Sevilla. En 1982 fundó Editoriales Andaluzas Unidas y ejerció como director de la Biblioteca de Cultura Andaluza hasta que en 1985 pasó a ser director de publicaciones en la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Desde 1987 desempeñó cargos de asesoramiento en los gabinetes de varias consejerías. Entre 1994 y 1998 fue director del Parque Metropolitano de Sevilla (Parque del Alamillo). En 2017 asumió la dirección de la Bienal de Flamenco de Sevilla, cargo que ostentó hasta 2021.

Después de que, durante siglo y medio, dominaran en las relaciones sociales y políticas de los diferentes países los conceptos de explotación y opresión (de unos seres humanos o de unos territorios por otros), ahora, en ese campo, comienza a primar el de agravio que puede estar referido al daño ocasionado por unos colectivos a otros dentro de un ámbito común o a la ofensa inferida por quienes pertenecen a una raza, profesan una religión o habitan un determinado territorio. El agravio se está imponiendo como pauta general tanto de la cotidianidad de pequeños colectivos como de la estrategia a gran escala de naciones que practican el uso y abuso sin miramientos de la Historia.

La Historia ha estado implicada en los tres supuestos; en los dos primeros se usaron argumentalmente sus hechos para justificar o rechazar las acciones que ocasionaban su práctica o que buscaban liberarse de ella. En lo referente al agravio, para afirmarlo, frecuentemente basta con recordar algunos de sus episodios o personajes más conocidos, estereotiparlos y, a partir de ese cliché, pronunciar sentencia.

De esta manera se subvierte el devenir convirtiéndolo en un objeto de consumo: sus hechos no necesitan análisis ni sus etapas ser los eslabones de un proceso cuyo cocimiento puede servir para proyectar el futuro.

Desde la más remota antigüedad, el mundo fue el escenario de la violencia practicada por muchos de los animales que lo poblaban y, concretamente, por los humanos que, desde las más primitivas formas de asociación, practicaron la invasión de territorios ajenos y el sometimiento de quienes los habían habitado hasta entonces o la importación de cientos de miles o millones de personas para convertirlas en mercancía y usarlas a voluntad.

El relato histórico nació como contrapuesto al relato mítico; se trataba de transmitir no una supuesta cosmogénesis provocada por dioses, sino los hechos que estaban en el origen de la diversidad de cada territorio con el fin de dotar a sus habitantes de conciencia identitaria y de proporcionarles reglas de vida.

Naturalmente todo ello no estuvo exento desde el principio de elementos irreales o mágicos con los que la ignorancia rellenaba las lagunas, lagos o mares entre sucesos pero, desde muy antiguo, siempre predominó el afán por hallar lo acaecido verdaderamente, sus causas y sus personajes.

El relato histórico nació como contrapuesto al relato mítico para transmitir los hechos que estaban en el origen de cada territorio para dar a sus habitantes conciencia de identidad

Esa necesidad de instauración de la verdad se asentó en el siglo XVIII, con la Ilustración, o sea, con el comienzo del reinado de la Razón, cuando se hacen un hueco los estudios científicos y aparecen y se ponen en práctica disciplinas como la Arqueología, la Paleontología, la Paleografía y otras materias similares.

Fue ahí donde la Historia quedó como maestra del devenir de las colectividades y como vara de medir sus avances y los del género humano desde sus etapas más primitivas.

Aun antes de haber conocido la existencia y los escritos de Darwin o sin tener necesidad de recurrir a ellos, se abrió paso la idea de que el devenir histórico era el de un proceso que, aun con interrupciones y vaivenes, se iba decantando de lo menos a lo más perfecto. Por eso nadie acusaba a Aristóteles de machista porque, como sus



congéneres, tuviera la idea de que la mujer era, en determinados aspectos, inferior al hombre, ni aparecían como malvados los dueños de esclavos porque, entonces, la esclavitud era considerada como algo perfectamente natural.

Considerar que el triunfo del cristianismo en Roma se debe a que preconizaba la liberación de los esclavos, tal como aparece, por ejemplo, en la novela *Quo Vadis*, no es más que una invención del siglo XIX, un elemento más de la co-

rriente abolicionista. Basta leer las Cartas de San Pablo a dos colegas, Timoteo y Tito, obispos de sendas comunidades cristianas de su tiempo:

"Todos los que estén bajo el yugo de la esclavitud consideren a sus dueños como dignos de todo respeto, para que no se blasfeme del nombre de Dios y de la doctrina" (Primera carta a Timoteo 6, 1).

"Que los esclavos estén sometidos en todo a sus dueños, que sean complacientes y no les contradigan; que no les defrauden, antes bien muestren una fidelidad perfecta par honrar en todo la doctrina de Dios nuestro Salvador" (Carta a Tito 2. 9 y 10).

La esclavitud supuso, durante milenios, una práctica generalizada y el mayor negocio de una Eurasia que, en buena parte de su territorio (el europeo), carecía de grandes yacimientos de metales y que convirtió el sojuzgamiento de unos pueblos por otros en algo habitual.

En todo ese tiempo y hasta hace muy poco el concepto de "opresión" de unos pueblos por otros y el de "explotación del hombre por el hombre" no existieron, y todo el mundo medianamente instruido intuía que determinadas condiciones y normas de comportamiento correspondían a unas etapas concretas y no las exigía cuando, donde y a quienes no podían tener las que regían mucho tiempo después.

Esa forma de pensar se está derrumbando estrechamente en estos tiempos en los que el conocimiento ya no camina siempre sobre los raíles de la argumentación lógica y de la veracidad sino que, demasiadas veces, se situá en el etéreo territorio de las redes sociales. Así ha florecido una nueva *Sofística* en la que los hechos del pasado son presentados y dispuestos a voluntad, teniendo poco que ver con las circunstancias espaciales y temporales del momento de existencia real.

La lógica de que un ofensor -personal o social- pida perdón por la ofensa inferida ha devenido en algo muy distinto cuando, de un tiempo a esta parte, se han generalizado por parte de colectivos y hasta de países las exigencias de que otros se autoinculpen por hechos acaecidos siglos antes y, últimamente, pasando de las palabras a los hechos, ha proliferado en variados territorios el derribo de estatuas dedicadas en la vía pública a determinados personajes al ser tachados, sin más, de criminales, asesinos o, incluso, de genocidas.

Naturalmente esta forma irracional de revisar la Historia no puede ser contestada con un negacionismo de los que también circulan desgraciadamente para no admitir hechos execrables tanto colectivos como personales de países, ejércitos, gobernantes e individuos o para ensalzar la memoria de aquellos que se dedicaron expresamente a traficar con personas y adquirieron con ello enormes fortunas. O a quienes instauraron dicta-

duras cuando la democracia era ya la forma de gobierno de la mayoría de países en Europa y América.

Aunque las acciones iconoclastas hayan existido siempre, se han reactivado a raíz de sucesos recientes, por ejemplo tras las multitudinarias movilizaciones del "*black blood matter*" desencadenadas por el alevoso asesinato de una persona de raza negra por un policía en Mineápolis (Estados Unidos). Los hechos, como informaron todos los medios, eran el producto de la discriminación racial que continúa existiendo en aquel país a pesar de las leyes sobre la igualdad y las protestas unas acciones justas.

Sin embargo, conforme fueron pasando días y sin tener nada que ver con los sucesos que estaban en su raíz, comenzaron a producirse olas de ira por otros -neutros en sí mismos- acaecidos cinco siglos antes y en lugares distintos: los del descubrimiento y colonización del continente americano por el reino de Castilla. Los paganos de sucesivas manifestaciones de cólera fueron Cristóbal Colón, cuyas estatuas acabaron por los suelos en Baltimore, Virginia o California, y la reina Isabel I de Castilla a cuya efigie le pasó lo mismo. Ambos fueron acusados de ser los esclavistas que, supuestamente, estaban en el principio de esa práctica en América pero, ¿en qué medida se incardina eso en el proceso histórico?

Desde luego la esclavitud ha sido una de las bases sobre las que asentaron sucesivamente sus colonizaciones las metrópolis, empezando por Roma, tanto en su período republicano como en el imperial. Pero es ella también (con la herencia griega que Roma hizo suya) la que parió la cultura occidental y de la que partió la civilización con los valores de Europa y los que tuvo el llamado "*mundo árabe*" hasta –más o menos- el Renacimiento y los que rigen actualmente en todas las democracias.

Ese afán civilizatorio tal vez, ocultara que la "*barbarie*" achacada a los bárbaros no era sino una mala copia de la que practicaban los centenares de legiones romanas que se extendían por el mundo de la misma manera que lo hicieron antes los ejércitos persas o los macedonios de Alejandro; lo combinaban, sin embargo, con una nueva visión aprendida de los errores de aquellos: Roma avanzaba haciendo millones de esclavos pero también carreteras, enseñando latín y unificando la vida y sus relaciones con una sola jurisprudencia no dependiente de la voluntad de cada gobernante.

Así, pudo ser imitada de siglo en siglo y llegar hasta Washington, donde sus edificios más emblemáticos (el Congreso o Capitolio, el Tribunal Supremo y la Casa Blanca) no son otra cosa que copias de los romanos pasados por el neoclasicismo inglés.

De esta manera el imperio romano quedó, en el mundo occidental, como arquetipo del poder. La prueba es que el mismo nombre de emperador -César o Caesar- es el que llevaron los monarcas germánicos (kaiser), los rusos (zar), los persas (Sha) e, incluso, el que se aplicaba en muchas ocasiones laudatorias a los hispanos.

Lo que a continuación hicieron, primero el cristianismo y el Islam después, fue proclamar, por medio de San Agustín y de Mahoma, que la vía imperial o califal era la escogida por Dios para traer su reino a este mundo. A partir de ahí los imperios fueron religiosos con un sentido muy distinto al de la religiosidad de la que hacía gala el panteísmo greco-romano. El paso del politeísmo al monoteísmo vino como anillo al dedo a las sucesivas metrópolis.

La esclavitud fue dejando de ser generalizada en muchos territorios conforme también dejó de serlo el consumo de productos importados dado que, con anterioridad, en buena parte del suelo europeo asimismo habían desaparecido (o casi) las comunicaciones entre comunidades. El feudalismo crecía en medio de una economía de subsistencia y de trueques primitivos y los trabajadores, cristianos o musulmanes todos, ya no eran esclavos sino siervos.

Conforme avanzaba la Edad Media, el mundo occidental recuperaba la prosperidad mientras

el árabe, remozado por los turcos selyúcidas, mantenía su esplendor. En el uno y el otro esto favoreció que se reavivara la esclavitud de personas provenientes de los territorios del corazón de África y, por tanto, un negocio que alcanza gran altura en el siglo XV. Como ejemplo valga la Hermandad de los Negros de Sevilla que ya existía cuando aun no había terminado el XIV.

Es en ese contexto donde comienzan a producirse en la Península Ibérica las expediciones hacia las tierras lejanas de Oriente: Aragón se encamina hacia allá por la misma ruta de los genoveses y venecianos, Portugal bordea África en busca de un paso y Castilla sigue esa misma ruta (para eso conquista Canarias) hasta que Cristóbal Colón convence a la reina Isabel de que podría existir otro camino más corto.

Así es como las tres carabelas de Colón se topan con unas islas que el almirante y sus tripulaciones creen pertenecientes o cercanas a Cipango (Japón) y en el camino hacia Catay (China), los nombres usados por Marco Polo para esos dos países. No sabían que, en realidad, formaban parte de un continente hasta entonces desconocido por cuantos geógrafos, desde la antigüedad, habían estudiado la Tierra.

Con ello comienza en el planeta una época muy distinta de todas las anteriores, una etapa en la que el "*mar civilizador*" de la antigüedad, el Me-

diterráneo, se convertía en un lago, la expansión europea adquiría nuevas direcciones y el cristianismo (aún no se había producido la escisión protestante) se ponía a la cabeza de las religiones del mundo superando a la musulmana al bautizarse la inmensa mayoría de la población del Nuevo Mundo.

La colonización americana por parte de España, Portugal, Inglaterra, Francia, Holanda... se desarrolla con parámetros de violencia parecidos a todas cuantas habían existido antes de ella. Como la romana, la de los bárbaros o la árabe, por hablar únicamente de las de nuestra era anteriores a ella, se basa en la expansión territorial de una potencia que impone por la fuerza su ley y su religión en territorios inmensos intentando con ello una primacía. La española, además, por la razón de buscar la primacía del cristianismo citada, necesitaba hacerlo conservando a la mayor parte posible de la población autóctona y reproduciendo, más o menos, los niveles de la metrópolis, es decir, teniendo campesinos, artesanos, profesionales... y nobles (los hijos de Moctezuma, en cuanto se bautizaron, entraron en la nobleza castellana en la que aun hoy siguen).

El siglo XVI es, en Europa, el de la consolidación de las monarquías nacionales y el de una nueva escisión del cristianismo (más relacionada de lo que parece con lo anterior). Si hasta entonces éste tenía dos ramas, la romana y la oriental

u ortodoxa, a partir de ahora aquella se dividirá a su vez en las que se conocen comúnmente como católica y protestante. Antes de llegar ahí era la autoridad papal la que dictaminaba sobre los límites geográficos de los estados cristianos (Tratado de Tordesillas entre la monarquía española y la portuguesa que separó Brasil del resto de la América española, por ejemplo); ahora eso queda, naturalmente, abolido y los peregrinos del Mayflower podrán delimitar libremente sus propios territorios bajo soberanía inglesa (anglicana) en el noreste de lo que hoy son los Estados Unidos e iniciar un nuevo modelo de colonización. Por su parte, los franceses y holandeses seguirían la estela.

Esa situación terminaría a finales en el último cuarto del siglo XVIII al producirse, primero, la independencia de las colonias inglesas de América del Norte y luego, 40 años más tarde, la de México y, una tras otra, el resto de las españolas. En el proceso independentista de ninguna de ellas tienen nada que ver los "pueblos" colonizados: aunque en las hispanas comience a delinearse una mitología azteca o inca aplicada a los gobernantes y al "pueblo", ambos no son sino los descendientes de quienes llegaron desde Europa unos siglos antes. La independencia se debió, en el caso anglo y como todo el mundo sabe, a razones mercantiles y en el hispano, aunque casi no se sepa, a circunstancias político-religiosas muy conservadoras derivadas de que, en 1810,

habían triunfado aparentemente en España las "ideas de la Revolución Francesa" y a que volvieron a establecerse, ahora por los propios españoles, en el Trienio Constitucional de 1820-1823.

En el mundo se desplegaban las velas del mercantilismo y triunfaba la revolución industrial donde, en el ámbito del trabajo, coexistieron dos líneas. Por un lado, la del sistema que había producido las grandes riquezas desde una antigüedad remota hasta entonces, el del esclavismo, mientras, por otro, se iniciaba en los países adelantados el que creaba aceleradamente una nueva clase, la del proletariado industrial, formado por millones de individuos sobre los que recaía el peso de la industrialización.

En ese punto se abrió una diferenciación sustancial entre las formas coloniales existentes hasta entonces y las que se ponen en práctica en la joven república norteamericana (la primera república

La fiebre del oro despertó el deseo en EEUU y Europa de marchar a tierras del Oeste americano para poblarlos o colonizarlos, expulsando a los autóctonos

ca propiamente dicha desde la romana del siglo I A. de C.).

En una primera etapa (hasta 1848) los Estados Unidos, que por haber sido una colonia no aceptaban tener colonias, se expanden hacia el Sur anexionándose sin complejos la mitad de México para convertirla en los estados de California, Nevada, Utah, Nuevo México y Texas, y parte de los de Arizona, Colorado, Wyoming, Kansas y Oklahoma. Unos dos millones de kilómetros cuadrados (más de cuatro veces España) a llenar de gente.

A partir de ahí se produjo una gigantesca corriente migratoria. Tenía que producirse antes o después pero explota ahora gracias a un milagro o un truco de prestidigitación (muchos años antes Humboldt, viajero por esos territorios gracias a los permisos de Carlos IV, entrega a Thomas Jefferson sus estudios sobre posibles yacimientos de metales): inmediatamente después de firmarse el acuerdo de anexión (Tratado de Guadalupe) y tras el pago de unos pocos millones de dólares al Gobierno mexicano, se desata en California la "fiebre del oro" que lleva hasta allí a decenas o cientos de miles de personas por medio de métodos insospechados (incluso, emulando a Magallanes, por el Cabo de Hornos), corriente que, a su vez, crea las condiciones para que se emprenda el tendido del ferrocarril transcontinental desde San Francisco a la costa Este.

La fiebre del oro no sólo despertó el deseo de marchar hacia tierras de promesa en EEUU; el anhelo llegó hasta la Europa más pobre, en la que son miles y miles de familias las que se ven impulsadas a marchar hacia los territorios del Oeste americano (el *Far West*) para poblarlos y colonizarlos expulsando de ellos o, incluso, eliminando físicamente a la población autóctona, a los llamados "indios" o "amerindios" (aunque muchos de ellos, como los del célebre Gerónimo, fueran colonos españoles desde mucho antes) de la misma manera que la construcción del ferrocarril hizo desaparecer prácticamente los búfalos.

Está muy extendido el mito de la "capacidad de adaptación" de los negros frente a la "inflexibilidad" de los indios para "explicar" que aquellos progresaran dentro de la nación y éstos quedarán como población marginal. Pero lo que sucedió en realidad fue que en la forma de colonización yanqui era imposible la coexistencia de los aborígenes con los recién llegados porque tanto la tierra como los medios de producción sólo podían pertenecer al bando de los recién llegados sin que, por otra parte, éste necesitara coexistir con el otro.

Por ello se libran una tras otra decenas de pequeñas guerras que ni siquiera tendrán el título de tales llevadas a cabo por gentes arribadas allí, además desde los propios Estados Unidos, de Irlanda, Polonia, Italia, Alemania... y otros países

al término de las cuales los últimos restos tribales acabarán en "reservas", territorios acotados y subvencionados por el gobierno para acogerlos sin poder hacer otra cosa que dedicarse a pequeñas artesanías y a ser objeto de un "turismo étnico".

Al tiempo que eso sucedía en los territorios del Oeste, también lo hacía la industrialización del Norte y un gigantesco aumento de productos agrícolas como el algodón en el Este gracias a la multiplicación de plantaciones cuya producción era llevada a cabo por esclavos negros.

La contienda subsiguiente que tuvo lugar entre los estados norteros y sureños giró, aparentemente, en torno a la permanencia o abolición de la esclavitud cuando, en realidad, se trataba de una lucha para afianzar la supremacía de la industria allí y en el resto de un planeta. El tiempo del esclavismo ya había decaído. La hora simbólica la marcó el nacimiento en África de Liberia, un Estado apadrinado por ciudadanos estadounidenses, ricos y religiosos, con la intención de dar una "patria" a los negros que, en los Estados Unidos, iban adquiriendo la manumisión.

Mientras el triste viaje hacia el ocaso de las tribus indias pasaba desapercibido y allí sólo se visualizaba la Guerra de Secesión, en el mundo donde reinaba la industria bullían, tanto en América como en Europa, las teorías que anunciaban el

inicio de un proceso universal llamado a ser liberador, encabezado por los trabajadores industriales, aparentemente sometidos a la ineludible Ley del salario de bronce, o sea, a no ganar más de lo que estrictamente necesitaban para vivir y abocados, por tanto, a transformar la Tierra dado que no tenían otra cosa que perder que sus cadenas.

Animados por una indudable voluntad de filantropía y arrostrando los peligros que, históricamente, siempre llevaron consigo las ganas de acabar con lo establecido, fueron pocos los que cayeron en la cuenta de que esas reflexiones eran tan "universales" como las de sus contrarios: las de aquellos que pensaban que Inglaterra, Francia, Rusia o Prusia (cada cual por su lado) o la nación de los Estados Unidos del presidente James Monroe (el de "América para los americanos") habían sido elegidas por Dios o por el "Espíritu de la Historia" para volver a vivificar el Imperio Romano, el único que el ideario colectivo de un tercio del mundo calificaba como "justo" simplemente porque sus categorías, heredadas de Grecia, fueron base de los posteriores y todos los "calificadores" pertenecieron a algunos de éstos.

En todos aquellos países y varios más del mundo industrializado decaía el sistema esclavista y sus trabajadores comenzaban a adquirir derechos y mejores condiciones de vida (aboliendo, por tanto, la Ley del salario de bronce y teniendo ya

cosas que perder) mientras participaban también de alguna manera en el proceso de apropiación de las inmensidades africanas y asiáticas llevada a cabo por sus países con el argumento de que se las incorporaba a la civilización salvándolas del salvajismo (también se "*incorporaban a la civilización*" territorios como los chinos que, a lo largo de la Edad Media, habían suministrado a Occidente muchos de los elementos -la brújula, el papel o la pólvora, por ejemplo, por no hablar de los spaghetti- que lo habían hecho moderno).



Al Oriente más lejano, la tierra donde "*nacía el sol*", el Cipango al que quería llegar Colón por el lado opuesto al de Marco Polo, no hizo falta "*incorporarlo*": se pasó al enemigo sin necesidad de que alguien lo invadiera. La apariencia de fortaleza de las potencias europeas y de Estados Unidos era tan aplastante que en Tokio se pusieron como locos a importar sombreros de copa para su emperador y sus ministros al tiempo que fabricaban barcos y cañones para usarlos en las costa de enfrente (las chinas, conchinchinas, birmanas, siamesas o filipinas) transformándose así en colonialistas.

En resumen: cada nación, aunque hubiera nacido en realidad poco antes, se consideró casi eterna y con derecho a conquistar a otras. Para dar la razón a Karl Marx en aquello de que, en la Historia, los hechos dramáticos se repiten siempre en forma de comedia, eso fue lo que sucedió en Liberia. Los exesclavos, nietos de africanos pero llegados de América como libertos, formaron inmediatamente la élite política del nuevo país con mucha mayor ostentación que en la metrópolis (también ellos, como los altos dignatarios japoneses, llevaron sombrero de copa), reservaron para los nativos los peores oficios y redactaron y aprobaron una constitución tan semejante a la de Norteamérica que hasta prohibía (como ésta hacía entonces) el derecho al voto a los indígenas del territorio en el que la prodigalidad de esclavistas arrepentidos los habían asentado.

Sólo los Estados Unidos de América se acogían a la modernidad de una nueva "*tierra prometida*", ofrecida en un engañoso internacionalismo a todos los pobres del Viejo Mundo a costa de sacrificar a los que, antes de la llegada de los europeos, vivían en esos territorios del Nuevo. Lo dijo Susan Sontag: aquella era una nación levantada sobre sobre la ruina de los indios.

Con esas contradicciones se llegó a la Gran Guerra de 1914, primero europea y "*mundial*" tras la entrada de Estados Unidos, que fue, en definitiva, quien decidió el final, un final en el que Alemania se quedaba sin pastel en África, se ninguneaba a Japón y aparecía como nueva potencia la Unión Soviética, nacida en medio de la contienda y aspirando también, como Norteamérica aunque de otra forma, a liderar a todos los pobres del mundo.

O sea, se llegó a un final que, en realidad, era el prólogo de otra contienda planetaria a cuyo término, en 1945, se encenderían la era atómica, los años descolonizadores y los de la partición de la Tierra en dos bloques tan antagónicos que parecían enfrentados para toda la eternidad aunque su enfrentamiento terminara, sin embargo, cuando uno de ellos se diluyó de la noche a la mañana.

El proceso descolonizador a escala mundial, comenzando por la India, pasando por el simbólico de Canadá o Australia, y terminando por Vietnam

y otros enclaves asiáticos dejó independientes de Europa al resto de continentes. A partir de ahí, todas las razas humanas fueron iguales en teoría salvo, "*paradójicamente*" y hasta fechas muy cercanas, las de varios territorios estadounidenses, y las de Rodesia y Sudáfrica, con la segregación sobradamente conocida .

Si los conceptos de explotación del trabajador y el de opresión colonial ya iban de capa caída, a la caída real del muro de Berlín se esfumaron prácticamente. Con la desaparición de la Unión Soviética, el final de la división del mundo en dos bloques y el abandono del internacionalismo por China sólo quedó en pie un nuevo nacionalismo. El proceso de descolonización universal "*tapó*" los viejos temas, creando en todas las naciones una sensación de libertad que no respondía a la realidad pero servía para poder tener sillones en la ONU y otros organismos de no mucha utilidad.

Al mismo tiempo y por causas muy diversas se alcanzaba la igualdad y el final de la discriminación legal de las etnias en las naciones más adelantadas y, en especial, en Estados Unidos. Aunque todo ello distara mucho de ser algo realmente existente, (aun no lo es) sirvió para que hombres y mujeres de distinto color al de la mayoría fueran ocupando puestos importantes (incluso muy importantes) en las más diversas instancias del Estado y eso, a su vez, sirvió a quienes dirigen realmente el mundo para convencer a "*la gente*

de todos los colores" que la sociedad del bienestar era también la de la igualdad.

A partir de ahí el conjunto de los empresarios dejó de estar formado por explotadores; todos -y, sobre todo, los más poderosos- se transformaron en emprendedores que "*creaban trabajo*", los ejércitos dejaron de servir para asegurar el orden colonial y se convirtieron en cuerpos destinados a cumplir "*misiones humanitarias*", a menos que alguien se empeñara en sembrar el Mal, y la corrección de las desigualdades e, incluso, la civilización pasó a estar en manos de Organizaciones No Gubernamentales de todo tipo.

La desaparición visual de la opresión y la explotación dio paso a ese nuevo término, el de "*agravio*", donde sucesos de un pasado remoto se revisten con calificaciones actuales, y se califican de ofensa no al grupo agraviado en aquel tiempo o a la tierra de la que se lo desarraigó sino a sus supuestos descendientes, habitantes de la ciudad en la que ahora se produce la protesta.

De esta manera la calificación de los períodos históricos y de las gentes que vivieron en ellos queda en manos de colectivos movidos por los intereses más diversos y aferrados a datos irreal para distorsionarlos a voluntad.

Por ejemplo, el derribo de la estatua del "esclavista" Cristóbal Colón en Baltimore se ha debido, según diversos medios, a la rivalidad entre diversos colectivos de esa ciudad y la comunidad de origen italiano que, tras una descarada apropiación de los hechos descubridores, la había erigido y sin, ni siquiera pensar en que el almirante murió en 1506 y la primera licencia de la Corona para llevar esclavos a América se dio en 1518; la desgracia de la de Isabel la Católica (defensora de los indios contra el propio Colón) en Bogotá, se debió, simplemente, a exigencias de indios de la tribu misak en las protestas convocadas contra el Gobierno del presidente Iván Duque.

Por éstos y otros sucesos no sólo referidos al papel de España en América sino también a sus hechos interiores (lo estamos viendo con las mentiras sobre nuestra II República, la Guerra Civil y la Dictadura) y al pasado histórico, en general, podríamos decir que se ha otorgado un permiso indiscriminado para practicar el revisionismo iluminando a voluntad determinadas escenas y dejando otras en la oscuridad. Ese permiso, hace creíble la teoría de que, en las democracias de hoy, no sólo todos viajamos en el mismo barco sino también en camarotes de la misma clase.

Esta es la historia de la Historia convertida en objeto de consumo.